

¡Venga Tu Reino!



**Elenco de reflexiones evangélicas
Programa Adopta un pueblo**

ÍNDICE

I. Meditación 1: Epifanía (1)	2
II. Meditación 2: Epifanía (2)	3
III. Meditación 3: La Cuaresma (1)	5
IV. Meditación 4: La Cuaresma (2)	6
V. Meditación 5: La Santísima Virgen María (1)	8
VI. Meditación 6: La Santísima Virgen María (2)	10
VII. Meditación 9: La Eucaristía (1)	12
VIII. Meditación 10: La Eucaristía (2)	13
IX. Meditación 11: El Espíritu Santo (1)	15
X. Meditación 12: El Espíritu Santo (2)	16
XI. Meditación 13: La vida de gracia (1)	17
XII. Meditación 14: La vida de gracia (2)	18
XIII. Meditación 18: El Adviento (1)	19
XIV. Meditación 19: El Adviento (2)	20
XV. Meditación 20: La Navidad (1)	21
XVI. Meditación 21: La Navidad (2)	23

Reflexión evangélica 1: La Epifanía (1)

Evangelio

San Mateo 2, 1-11.

“Después de haber nacido Jesús en Belén de Judea, en el tiempo del Rey Herodes, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén diciendo: ¿dónde está el que ha nacido, el Rey de los Judíos? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarlo. Al oír esto, el Rey Herodes se puso muy preocupado; entonces llamó a unos señores que se llamaban Pontífices y Escribas (que eran los que conocían las escrituras) y les preguntó el lugar del nacimiento del Mesías, del Salvador que el pueblo judío esperaba hacía mucho tiempo. Ellos contestaron: En Belén de Judá, pues así está escrito por el Profeta: “Y tú, Belén tierra de Judá de ningún modo eres la menor entre las principales ciudades de Judá porque de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel”.

Entonces Herodes, llamando aparte a los magos, los envió a la ciudad de Belén y les dijo: Vayan e infórmense muy bien sobre ese niño; y cuando lo encuentren, avísenme para que yo también vaya a adorarlo.

Los Reyes Magos se marcharon y la estrella que habían visto en el Oriente, iba delante de ellos hasta que fue a pararse sobre el lugar donde estaba el Niño. Al ver la estrella, sintieron una gran alegría. Entraron en la casa y vieron al niño con María su madre. Se hincaron y lo adoraron. Abrieron sus tesoros y le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Luego, habiendo sido avisados en sueños que no volvieran a Herodes, (pues él quería buscar al Niño para matarlo), regresaron a su país por otro camino.”



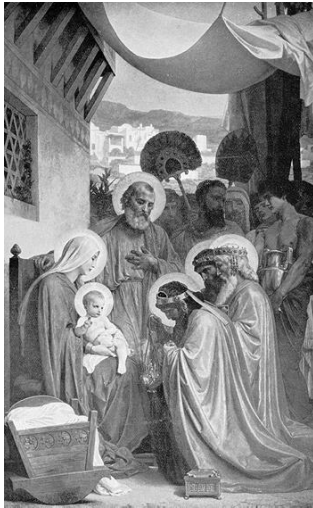
Puntos a reflexionar:

1. **Los magos:** representan a todos aquellos que buscan, sin cansarse, la luz de Dios, siguen sus señales y, cuando encuentran a Jesucristo, luz de los hombres, le ofrecen con alegría todo lo que tienen.
2. **La estrella:** anunció la venida de Jesús a todos los pueblos. Hoy en día, el Evangelio es lo que anuncia a todos los pueblos el mensaje de Jesús.
3. **Los Reyes Magos:** no eran judíos. Venían de otras tierras lejanas (de Oriente: Persia y Babilonia), siguiendo a la estrella que les llevaría a encontrar al Salvador del Mundo. Representan a todos los pueblos de la tierra que desde el paganismo han llegado al conocimiento del Evangelio. Dejaron su patria, casa, comodidades, familia, para adorar al Niño Dios. Perseveraron a pesar de las dificultades que se les presentaron. El seguir a Dios implica sacrificio, pero cuando se trata de Dios cualquier esfuerzo y trabajo vale la pena. Los Reyes Magos tuvieron fe en Dios. Creyeron aunque no veían, aunque no entendían. Quizá ellos pensaban encontrar a Dios en un palacio, lleno de riquezas y no fue así, sino que lo encontraron en un pesebre y así lo adoraron y le entregaron sus regalos. Nos enseñan la importancia de estar siempre pendientes de los signos de Dios para reconocerlos. Los Reyes Magos fueron generosos al ir a ver a Jesús, no llegaron con las manos vacías.

Reflexión evangélica 2: La Epifanía (2)

Evangelio

San Mateo 2, 1-12



“Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: «¿Dónde está el Rey y de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo». En oyéndolo, el rey Herodes se sobresaltó y con él toda Jerusalén. Convocó a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, y por ellos se estuvo informando del lugar donde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: «En Belén de Judea, porque así está escrito por medio del profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo Israel». Entonces Herodes llamó aparte a los magos y por sus datos precisó el tiempo de la aparición de la estrella. Después, enviándolos a Belén, les dijo: «Id e indagad cuidadosamente sobre ese niño; y cuando le encontréis, comunicádmelo, para ir también yo a adorarlo». Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa; vieron al niño con María su madre y, postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra. Y, avisados en sueños que no volvieran donde Herodes, se retiraron a su país por otro camino”.

Puntos a reflexionar:

- 1. *Unos Reyes de Oriente:*** La tradición ha dado nombre a estos tres personajes: Melchor, Gaspar y Baltasar. ¿Se llamaban así? ¿Eran 3, ó quizás 4 ó 5? Da lo mismo; lo importante es que eran unas personas de carne y hueso, como nosotros. Casi seguro que tenían muchas riquezas, pues en esta época no era fácil comenzar un largo viaje. Venían de lejos, y cada uno dejó algo importante por seguir una estrella luminosa. Presentían que tras ella se escondía un gran acontecimiento, que bien merecía dejar sus propias seguridades y caminar hacia él.
- 2. *Las dificultades del camino:*** Llenos de ilusión, como nosotros después de un retiro espiritual, de unos ejercicios espirituales, o de unos momentos fuertes de gracia de Dios, los Magos empiezan a caminar. Han visto una estrella, la luz de Cristo Niño ha iluminado sus vidas, y se ponen en camino. Seguro que, al final de estas navidades, nosotros estamos en una actitud muy parecida. Hemos contemplado el inmenso amor de Dios, que se hace humilde y sencillo, tan cercano a nosotros como un pequeño niño recién nacido. Renovados, empezamos a caminar.

Pero con el tiempo, como pasó a los Magos, la estrella de Jesucristo parece que se apaga. La vuelta al trabajo, los estudios y responsabilidades de cada día, la «*vida ordinaria*» oscurece nuestra visión. Llegan las nubes del cansancio, de la exigencia, y nos preguntamos ¿dónde está la estrella que había visto? Eso pasó a los Magos cuando llegaron a Jerusalén. La estrella parece haber desaparecido, aunque en realidad sólo se ha escondido. Buscan, y al no encontrar, piden ayuda, preguntan, consultan.

Es la mejor actitud que podemos tener ante la oscuridad. Cuatro ojos ven más que dos, y si además son los ojos de Dios, a través de sus representantes en la tierra, los sacerdotes, mejor que mejor. Aunque también pueden ser los ojos de nuestros padres, que nos han traído al mundo y nos han educado, o los ojos de un buen amigo. El que busca ayuda, la encuentra. El que se encierra en la aparente oscuridad que le rodea, se hunde.

3. ***Se llenaron de alegría:*** Después de recibir consejo y orientación, los Magos vuelven a caminar, y de repente, la estrella vuelve a brillar ante ellos. San Mateo nos dice. «*Se llenaron de alegría al ver la estrella*». Es la alegría que sigue a la dificultad vencida. La estrella no había desaparecido; se había ocultado, tras una nube; con su perseverancia, la Estrella, Jesús, vio la grandeza de su amor, los deseos de llegar a la luz. Cuando Jesús ve que nos acercamos a Él, no puede evitar correr a nuestro encuentro.

Esta historia de luces y sombras, de momentos de sol y épocas de nubes, es la historia de nuestra vida, de nuestro peregrinar en la tierra. Dice el P. Marcial Maciel: «*Para mí la fe no es un mero sentimiento de la presencia de Dios. Para mí creer es darme, lanzarme en la oscuridad de la noche, siguiendo una estrella que un día vi, aunque no sepa dónde me va a llevar*»

Reflexión evangélica 3: La Cuaresma (1)

Evangelio

Marcos 1, 15.

“Se ha cumplido el tiempo, y el Reino de Dios es inminente. Arrepentíos y creed en el Evangelio”

Puntos a reflexionar:

La confesión es el medio con el que cuenta el cristiano para expresarle a Dios su arrepentimiento y deseo de enmienda, es uno de esos momentos en los que, de modo más evidente, el perdón de Cristo se hace personal y actual en la vida de cada uno de nosotros.

¿Cómo podríamos vivir mejor el sacramento de la penitencia por el que le expresamos nuestro arrepentimiento a Dios? Considerando:

1. ***El verdadero sentido del pecado en nuestra vida:*** El pecado no es solamente el no cumplir un precepto divino o la cerrazón ante los reclamos de la conciencia, pecar es fallar al amor de Dios.
2. ***Contemplar el rostro misericordioso de Cristo:*** Contemplemos a Cristo, Buen Samaritano, que se rebaja hasta el abismo de nuestra miseria para levantarnos de nuestro pecado. Él perdona todo y para siempre. Él nos conoce perfectamente y, aunque cometamos el peor de los pecados, nunca se avergonzará de nosotros.
3. ***Necesidad de la mediación de la Iglesia:*** Tenemos necesidad de escuchar de labios de una persona autorizada las palabras de Cristo: «Vete, y en adelante no peques más».
4. ***La paz interior fruto del perdón:*** Con el perdón de Dios entonces brota en nuestro corazón la verdadera paz, que el mundo no puede dar porque no le pertenece, al no conocer al Señor de la paz.



Reflexión evangélica 4: La Cuaresma (2)

Evangelio

San Lucas 15, 1-3.11-32

“En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharlo. Los fariseos y los escribas murmuraban: «Éste anda con pecadores y come con ellos».



Jesús les dijo entonces esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde”. Y el padre les repartió los bienes. A los pocos días, el hijo menor recogió sus cosas, partió a un país lejano y allí despilfarró toda su fortuna viviendo como un libertino. Cuando lo había gastado todo, sobrevino una gran escasez en aquella región, y el muchacho empezó a pasar necesidad. Entonces fue a servir a casa de un hombre de aquel país, quien lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. Para llenar su estómago habría comido hasta el alimento que daban a los cerdos, pero no se lo permitían. Entonces reflexionó y se dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me pondré en camino, regresaré a casa de mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros”. Se puso en camino y se fue a casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio y, profundamente conmovido, salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo cubrió de besos. Él empezó a decirle: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco

llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Traed enseguida el mejor vestido y ponédselo; ponedle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Tomad el ternero gordo, mátenlo y celebremos un banquete de fiesta; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y comenzaron la fiesta. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando vino y se acercó a la casa, al oír la música y los cantos, llamó a uno de los criados y le preguntó qué era lo que pasaba. El criado le dijo: “Ha regresado tu hermano, y tu padre ha matado el ternero gordo, porque lo ha recobrado sano”. Él se enojó y no quería entrar. Su padre salió y trataba de convencerlo, pero el hijo le contestó: “Hace ya muchos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para celebrar una fiesta con mis amigos. Pero llega ese hijo tuyo, que se ha gastado tus bienes con prostitutas, y le matas el ternero gordo”. Pero el padre le respondió: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Pero tenemos que alegrarnos y hacer fiesta, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”»”.

Puntos a reflexionar:

1. **La felicidad del hijo:** Entremos en la escena: un padre, con abundantes posesiones, tiene dos hijos. Ambos viven felices en la casa paterna, trabajando junto al Padre, gestionando sus posesiones, campos, ganado... Pero uno de ellos, el más joven, se cansa de esta vida hermosa, fácil, cómoda. Le incomoda vivir siempre bajo la autoridad del Padre. Es una autoridad amorosa, pero el joven quiere más libertad.

Estamos una vez más ante la antigua tentación del «*seréis como dioses*». El hijo menor quiere ser su único dueño y señor, quiere ser dios, decidir libremente qué hacer y qué dejar de hacer, cómo vivir, dónde disfrutar de la vida. ¡Cuántas veces no nos sucede lo mismo! Queremos libertad, obrar sin una «*presión*» de nuestra conciencia, de la ley de Dios, de los mandatos de la Iglesia, de las normas de nuestra propia familia o trabajo. Queremos ser libres, absolutamente libres. Queremos ser dioses.

2. **Quiero algo nuevo:** Con estos deseos de plena libertad, o mejor dicho de libertinaje, el hijo menor abandona la casa del Padre. No sólo desprecia su amorosa autoridad, sino que además tiene la osadía

de exigirle la parte de la herencia que le corresponde. La herencia, en aquellos tiempos como en nuestros días, se reparte entre los herederos cuando la persona muere, no antes. ¿Qué está diciendo entre líneas esta exigencia de la herencia que el hijo hace a su padre? Simplemente le está diciendo, de modo refinado: «*Quiero que te mueras, para quedarme con lo único que me interesa de ti: lo que me vas a dejar en herencia*». ¡Qué duro! Pero esa es la triste y dolorosa realidad de nuestro pecado.

El Padre, con un amor infinito, le concede lo que pide: aquí tienes la herencia. Te he dado todo mi amor, todo lo que un padre puede dar a su hijo, y mucho más. Pero también, porque soy Padre, quiero seguir respetando el don más grande que te he regalado: tu libertad. Con el corazón partido, el Padre ve partir de su casa al hijo, pidiéndole nada más que no le olvide, que sea prudente y cuidadoso.

- 3. *Me equivoqué, Señor. Perdóname:*** El hijo, cada uno de nosotros cuando pecamos, inicia su vida con una aparente felicidad. «*Soy libre. Tengo dinero. Puedo hacer lo que quiero*». Pero el dinero se acaba, el disfrute desenfundado de los placeres mundanos termina hastiando, y la insatisfacción va invadiendo el corazón. Ese muchacho que podía comer todo cuanto quería sufre un hambre atroz, y ni siquiera puede comer las algarobas que dan a los cerdos. Tan bajo ha caído.

Pero no importa. El mal, el mal más profundo, no está en caer, sino en no levantarse. El Evangelio describe con detalle el proceso de conversión: el joven entra en sí, reflexiona, recuerda la grandeza del Padre, reconoce su error y se arrepiente, decide regresar a la casa paterna, y, muy importante, «*se levanta y se pone en camino*». ¡Cuántas veces nos hemos lamentado de nuestro pecado, de nuestro mal! Si no nos levantamos y nos ponemos en camino, ese lamento es estéril. Nos quedamos a las puertas de la salvación, como el peregrino que muere de sed junto a un pozo, sólo porque no tiene una cuerda para sacar el agua.

Pidamos en esta Cuaresma al Señor que mueva nuestro corazón para convertirnos a Él, y sobre todo que empuje nuestra voluntad para levantarnos cada día y ponernos en camino hacia la casa del Padre. El mal no está en caer, sino en no levantarse.

Reflexión evangélica 5: La Santísima Virgen María (1)

Evangelio

San Lucas 2, 40-52

“El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él.



Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua.

Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta. Y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca.

Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas.

Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando."

El les dijo: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en los asuntos de mi Padre."

Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio.

Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón.

Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres”.

Puntos a reflexionar:

1. **Ver a María, caminando de un lugar para otro por las calles de Jerusalén:** Mirando aquí, mirando allá, a ver si lo encuentra por algún lado. María, angustiada por haber perdido a su hijo, sin ganas de comer, sin poder dormir.
2. **Contemplar a María, viviendo esa experiencia de una manera profundamente humana:** María comienza a experimentar la realidad humana del hijo que encierra en sí un misterio.
3. **"Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros?":** ¿Son un dulce reproche? ¿Son una solicitud materna?: "Dime, hijo, lo que quieras, aunque me duela, pero dime por qué has hecho esto con nosotros". ¿Es un desahogo natural de la madre angustiada, en el momento en que encuentra al hijo? Preguntarle a María y preguntarle cómo también Ella se preocupa por cada uno de nosotros, sus hijos.
4. **Dios redime al hombre a través del hombre:** Una primera lección se refiere al modo cómo obra Dios. Yahvé, al inicio del libro del Génesis, prometió una redención. Todo el Antiguo Testamento es una preparación de ese hecho, un llevar de la mano al pueblo de Israel por medio de sus jefes, reyes profetas. La historia de Israel no es una historia divina, un conjunto de acciones que hizo Dios directamente; es una historia humano-divina, un sucederse de acontecimientos que Dios fue realizando a través de unas personas concretas. Así obró Dios: por medio de intermediarios, de mediadores.

En el acto supremo de la encarnación, Dios sigue este mismo principio pedagógico: no quiere que su Hijo aparezca en la tierra de repente, como *«alguien caído del cielo»*. Elige a una persona, a María, para que sea su Madre. Busca un padre, un varón justo, que muestre el origen histórico del Mesías: san

José. Le hace nacer en una familia, como cualquier otro niño que viene a este mundo. Dios quiere redimir al hombre a través del propio hombre.

5. **La respuesta de María:** En este plan humano–divino de la encarnación hay una persona clave: María. De su respuesta dependía este maravilloso designio de salvación. Es muy hermosa la descripción que hace san Bernardo de este momento tan solemne en la historia de la humanidad. Adán, presenciando el momento de la Anunciación, anima a María a dar su sí generoso:

Da pronto tu respuesta. Responde presto al ángel, o, por mejor decir, al Señor por medio del ángel; responde una palabra y recibe al que es la Palabra; pronuncia tu palabra y concibe la divina; emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna.

¿Por qué tardas? ¿Qué recelas? Cree, di que sí y recibe.

Que tu humildad se revista de audacia, y tu modestia de confianza. De ningún modo conviene que tu sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En este asunto no temas, Virgen prudente, la presunción; porque, aunque es buena la modestia en el silencio, más necesaria es ahora la piedad en las palabras.

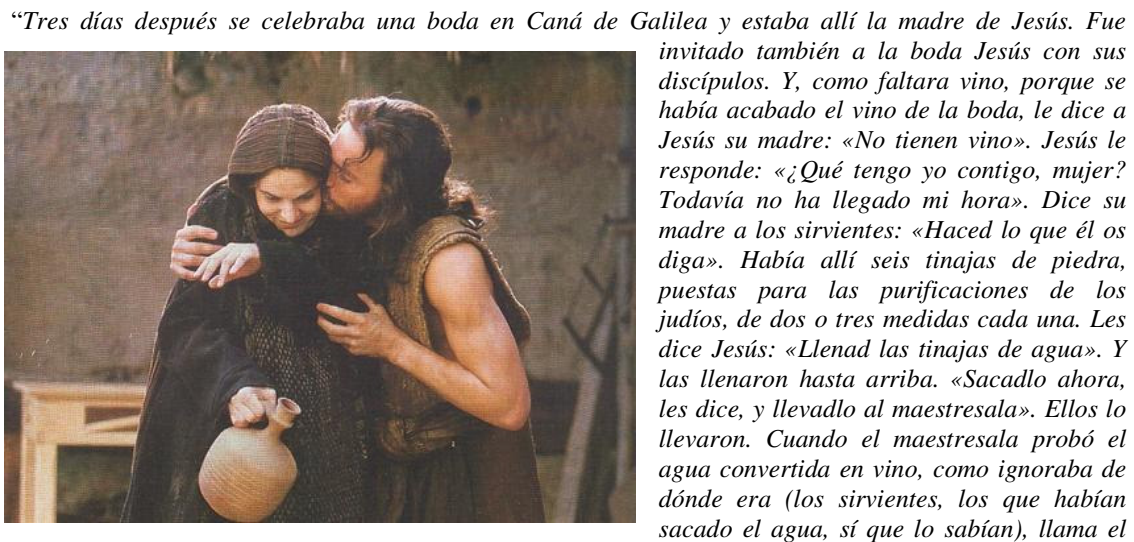
Aquí está –dice la Virgen– la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.

6. **¿Qué voy a responder yo?** La respuesta de María fue un sí total, un «sí sostenido». Dijo sí en la anunciación, y mantuvo ese sí hasta el término de su vida terrena, pasando por momentos duros como la huida a Egipto, la pérdida de su Hijo en el templo de Jerusalén a los doce años, y sobre todo la pasión y muerte. Ella cumplió su parte, fue fiel, y de su fidelidad nos beneficiamos todos los cristianos. Ahora nos toca a cada uno de nosotros seguir alargando esa cadena de salvación. ¿Cómo? Con nuestra fidelidad, nuestro testimonio en el ambiente que nos rodea y nuestro apostolado por acercar a más personas al amor de Jesucristo.

Reflexión evangélica 6: La Santísima Virgen María (2)

Evangelio

San Juan, 2-11



“Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: «No tienen vino». Jesús le responde: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora». Dice su madre a los sirvientes: «Haced lo que él os diga». Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: «Llenad las tinajas de agua». Y las llenaron hasta arriba. «Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala». Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el

Puntos a reflexionar:

1. **La presencia callada de María:** Nos dice el Evangelio que María estaba invitada a una boda; y también fue invitado el Hijo. La presencia de María, según las costumbres de la época, era una presencia «de segunda clase»; las mujeres iban a las bodas principalmente para colaborar en el servicio, para ayudar en las tareas domésticas; eran las costumbres de la época.

Esa presencia refleja cómo está la Virgen en nuestra vida. Quizás sin haberla invitado, Ella nos acompaña en su posición «de segunda clase». Está, simplemente, como está la Madre al lado de su Hijo, aunque muchas veces éste ni siquiera le dirige una mirada de cariño. Desde esa posición vigilante, amorosa, observa qué falta en la boda, qué falta en mi vida, y actúa, soluciona el problema.

2. **¿Me queda vino?**

En las bodas de la época, como sucede hoy en día, una parte importante de la celebración es el banquete, la buena comida y bebida, el buen vino. De repente, en esta boda empieza a escasear el vino. ¡Qué drama hubiera sido para los novios que se acabase el vino! ¡Qué sonrojo en este día de tanta alegría! María lo sabe, y se adelanta al problema. Acude a Quien tiene la solución alcance de la mano, al Hijo.

Antes de ver el final de la escena, detengámonos un momento: En mi boda, en el desenvolverse diario de mi vida, ¿me queda vino? ¿Tengo el vino de la ilusión por un gran ideal, de la alegría ante cualquier acontecimiento, hermoso o doloroso? ¿Pongo el vino de la ilusión en el trato con los demás, siendo una luz que ilumina en este mundo, donde hay tantas tinieblas? Si no me queda vino, tengo a María cerca para pedirle: Mira, María, que escasea mi vino. Intercede por mí ante tu Hijo

3. **”Haced lo que Él os diga”** Volvamos a la escena evangélica: María busca la solución al problema, y acude con confianza ciega a Jesús. Sabe que Él puede hacer el milagro, máxime si quien lo pide es su Madre. Por eso, aunque recibe una respuesta aparentemente evasiva, manda a los sirvientes que hagan lo que Él diga. ¿Cómo se va a negar su Hijo ante una súplica maternal? Tiene asegurado el sí. Ahí está nuestra seguridad, nuestro «enchufe» ante el Señor. Jesucristo, además de ser Dios, es verdaderamente Hombre, y por tanto hijo de María. Si es el Santo de los Santos, el amor encarnado, ¿cómo se va a negar a una súplica que le viene de su Madre? Pidamos a María que interceda por nosotros, que le presente todas nuestras súplicas. Y seamos listos: pidamos a Cristo por medio de su Madre.

Reflexión evangélica 7: La Eucaristía (1)

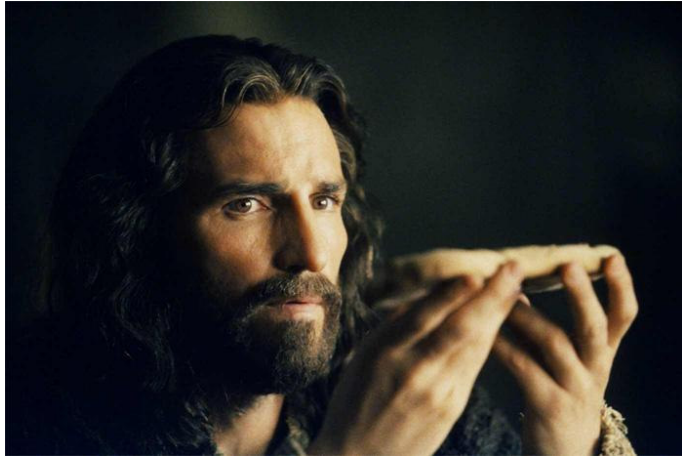
Evangelio

San Juan, 6-51

“Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo.”

Puntos a reflexionar:

1. **La Eucaristía contiene al mismo Cristo:** La Eucaristía nos da la gracia santificante, la gracia propia del sacramento y, además, nos da al mismo Autor de la gracia, que se presentó a sí mismo como “la Vida”.
2. **En la Eucaristía se nos da la víctima que se sacrifica:** Por tanto, participamos -al recibir la víctima del sacrificio- del sacrificio eucarístico, del sacrificio del altar, que no es otro que el sacrificio de la Cruz.
3. **Este sacramento se nos da a modo de comida y bebida:** De esta manera todo lo que hacen la comida y la bebida materiales en la vida corporal, hace este sacramento, comida y bebida espiritual, en orden a la vida espiritual de los cristianos: sustentar, aumentar, reparar y deleitar.
 - a. Sostiene nuestra vida espiritual, la conserva, la mantiene y la sustenta.
 - b. Aumenta durante toda la vida la gracia: que va llevando al hombre hasta la semejanza con Cristo.
 - c. Repara: en la vida espiritual, los ataques del demonio, las tentaciones, las arideces, las dificultades, la carne, el mundo, el demonio, nos hacen perder fuerza espiritual. Recuperamos esas fuerzas espirituales con la Eucaristía.
 - d. La Eucaristía deleita, por eso es el manjar para el cristiano.



Reflexión evangélica 8: La Eucaristía (2)

Evangelio

San Lucas 9, 11b-17

“En aquel tiempo, Jesús se puso a hablar al gentío del reino de Dios y curó a los que lo necesitaban. Caía la tarde, y los Doce se le acercaron a decirle: «Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en descampado». Él les contestó: «Dadles vosotros de comer». Ellos replicaron: «No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para todo este gentío». Porque eran unos cinco mil hombres. Jesús dijo a sus discípulos: «Decidles que se echen en grupos de unos cincuenta». Lo hicieron así, y todos se echaron. Él, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. Comieron todos y se saciaron, y cogieron las



sobras: doce cestos”.

Puntos a reflexionar:

1. **Cristo, alimento del alma:** El Evangelio de la multiplicación de los panes es un símbolo muy hermoso de este gran don. Los judíos, cautivados por la doctrina del Reino de Dios, escuchan al Maestro durante varios días seguidos, olvidándose incluso de comer. Pero Jesús sabe que sus seguidores, además del alimento espiritual, necesitan alimento material. Por ello les proporciona pan, el alimento más común, y lo da en abundancia (recogieron doce cestos con las sobras de la multiplicación de los panes).

Jesús da el pan material, y quiere enseñarnos que Él es el pan espiritual. Igual que necesitamos pan para que viva nuestro cuerpo, tenemos necesidad del Pan para que nuestra alma no muera de hambre. Y ese Pan es Él mismo, su cuerpo y su sangre que recibimos en cada Eucaristía. Por ello no es indiferente comulgar o no, es importante para la salud de nuestra alma acudir a la Misa, llamada también «banquete eucarístico».

2. **Ser alimento para los demás:** En el relato evangélico hay un matiz muy interesante: el Señor no quiso hacer el milagro por sus solas fuerzas. No despreció a los apóstoles diciéndoles: sí puedo arreglarlo solo, aunque sí podía hacerlo. Primero pide a los apóstoles «dadles vosotros de comer»; la multitud necesita comer, y vosotros les tenéis que ayudar. No quiere despedir a la gente sin más, olvidándose de sus necesidades materiales.

Después les pregunta: ¿cuántos panes tenéis? Aunque la desproporción entre el número de seguidores y el número de panes es notable, Jesucristo hace el milagro a partir de lo que los discípulos le dan. Y por último, pide a los Doce que sean sus manos para repartir el pan a la gente.

Todo un modelo de actuación, que nos recuerda nuestro papel en la sociedad: el mundo está

hambriento de Cristo, de valores, de verdad, y el Señor nos pide «dadles vosotros de comer», cristianos del siglo XXI

Aplicación a la propia vida

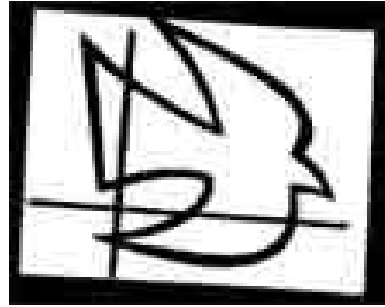
- ¿Creo que Jesús, Dios Nuestro Señor, está realmente presente en la Eucaristía?
- ¿He caído en la cuenta de que cada domingo Dios me espera para alimentarme con el cuerpo de su Único Hijo, Jesucristo Nuestro Señor, y así llenar de sentido mi existencia?

Reflexión evangélica 9: El Espíritu Santo (1)

Evangelio

San Juan 16, 5-16

“Pero ahora me voy a Aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: “¿Dónde vas?” Sino que por haberos dicho esto vuestros corazones se han llenado de tristeza. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré: y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio; en lo referente al pecado, porque no creen en mí; en lo referente a la justicia porque me voy al Padre, y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el Príncipe de este mundo está juzgado. Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. “Dentro de poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver.”



Puntos a reflexionar:

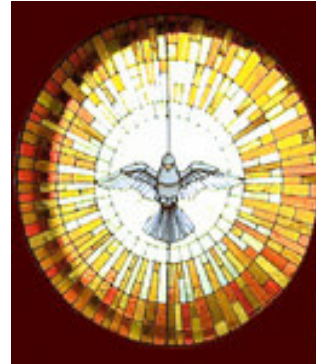
- 1. Es el Espíritu Santo quien nos enseña:** el mundo necesita testigos de Cristo y de su Evangelio. Necesita santos. Y el Maestro que nos va guiando hacia esta meta es el Espíritu Santo. Es Él quien nos enseña cómo ser seguidores auténticos de Cristo. Nos da también la fuerza y el valor para ser testigos del Evangelio ante los hombres.
- 2. ¿Cómo aprender del Espíritu Santo?** ¿Cómo escuchar su voz en nuestro interior, en un mundo lleno de ruidos? Para nosotros, el Espíritu Santo puede ser aún ese gran desconocido. Hay que aprender a escucharle en el silencio de nuestra alma, en la celebración de la liturgia, en la lectura atenta del Nuevo Testamento, en los escritos del Papa y de los santos.
- 3. El Espíritu Santo debe ser para nosotros un amigo,** un socio con el que queramos tratar el negocio de nuestra salvación. Para ello, el alma debe recogerse, escuchar su voz y seguir con docilidad sus inspiraciones. Son inspiraciones sencillas, que exigen poco a poco una mayor entrega y fidelidad a Dios. Pero en esta exigencia encontramos también el camino de nuestra felicidad. Dios sabe perfectamente qué nos conviene, y nos lo comunica a través de su enviado, nuestro colaborador, el Espíritu Santo.

Reflexión evangélica 9: El Espíritu Santo (2)

Evangelio

San Lucas 1, 1-4; 4, 14-21

Ilustre Teófilo: Ya que muchos se han propuesto componer un relato de los acontecimientos que se han cumplido entre nosotros, según nos lo transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, también yo he creído oportuno, después de haber investigado cuidadosamente todo lo sucedido desde el principio, escribirte una exposición ordenada para que llegues a comprender la autenticidad de las enseñanzas que has recibido. Jesús, lleno de la fuerza del Espíritu, regresó a Galilea, y su fama se extendió por toda la región. Enseñaba en las sinagogas y todo el mundo hablaba bien de él. Llegó a Nazaret, donde se había criado. Según su costumbre, entró en la sinagoga un sábado y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, al desenrollarlo, encontró el pasaje donde está escrito: El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió para anunciar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a libentar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor. Después enrolló el libro, se lo dio al ayudante y se sentó. Todos los que estaban en la sinagoga tenían sus ojos fijos en él. Y comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta profecía».



Puntos a reflexionar:

1. **«El Espíritu del Señor está sobre mí»** En estos pocos versículos, aparece dos veces citada *«la fuerza del Espíritu»*. Jesucristo no vino sólo a este mundo. Al contrario, es un único Dios el Dios Padre, poderoso, terrible, del Antiguo Testamento, y el Cristo, Él mismo, que se nos va a revelar. ¿Dónde está la unión entre ambos? Principalmente en el Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, y con frecuencia la más olvidada. Los cristianos adoramos a un único Dios, Creador, Redentor, Santificador, en tres personas.

Los profetas habían preparado, sin saberlo, esta revelación trinitaria. Pero era necesario una intervención directa de Dios, una *«homilía»* de Cristo en la sinagoga, para percibir este misterio.

2. **Un espíritu salvador y redentor:** Jesús, en su primera intervención pública, nos revela la esencia de su mensaje: Él, con la fuerza del Espíritu Santo, viene a salvar al hombre. El mal parece una sombra que nos devora, sin posibilidad de cambio. En esa oscuridad, resuena el mensaje de Jesucristo: He venido a traer la salvación, la buena noticia, la liberación.
3. **Volver los ojos al rostro de Cristo:** Volver los ojos al rostro de Cristo, único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre. ¿Me doy cuenta de que necesito un Salvador, que me salve de mi pecado? ¿Me siento salvado por Cristo? ¿Le veo como mi Salvador? ¿O en cambio pienso que no necesito ayuda de nadie, que yo solo puedo triunfar? ¿O he optado por la desesperación ante la negra situación del mundo?
4. **Duc in altum!, Rema mar adentro,** nos decía Juan Pablo II. Una exhortación válida para el inicio del tercer milenio y siempre válida. Tenemos un Salvador, en lo alto del cielo, que intercede por nosotros, que nos ama tanto que ha bajado a nuestra pequeñez, se ha hecho Hombre y ha muerto por nosotros. Con esta seguridad, rememos mar adentro, confiando en el Señor en medio de las tormentas de nuestra vida.

Reflexión evangélica 10: La vida de gracia (1)

Evangelio

San Juan 15, 9-17



“Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado. Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. Lo que os mando es que os améis los unos a los otros»”.

Puntos a reflexionar:

1. **El amor de Dios al hombre:** El mayor amor es dar la vida por los amigos, entregar la propia vida, como Él hizo en la Cruz, hasta la última gota de su sangre. Ese amor de Jesucristo, en grado superlativo, es el mismo que nos tiene Dios Padre al regalarnos la creación.
2. **Un amor de amistad:** “Ya no os llamo siervos sino amigos”. Para Jesucristo, no somos simplemente sus criaturas, somos sus amigos, sus compañeros. No hay una relación de Señor – siervo, o de Jefe – trabajador. Jesucristo nos eleva a su categoría, y nos tiene como amigos, compañeros, casi se podría decir que nos trata “de igual a igual”. Pero a la vez que nos da un inmenso amor, también espera de nosotros lo mismo: “Permaneced en mi amor... guardando mis mandamientos”. Dios lanza su amor al hombre, a través de Jesucristo, pero a la vez nos pide que le devolvamos ese amor. Hay en sus palabras un amor de amistad, que quiere elevarnos a su amor y a su nivel por la vida de gracia y la obediencia a sus mandamientos. Como Dios, sabe mejor que nadie lo que más nos conviene, y eso quiere que hagamos, quiere que caminemos hacia la felicidad por un camino seguro. Sus mandamientos son los cordones que nos señalan el camino, para no perdernos en la selva del mundo, de nuestras pasiones, de nuestro egoísmo.

Reflexión evangélica 11: La vida de gracia (2)

Evangelio

San Lucas 15 3-7

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: "Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido". Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión».

Puntos a reflexionar:

1. **El pastor que conoce a cada oveja:** El trabajo de pastor, de buen pastor, requiere como primer paso conocer a las ovejas. Cada oveja no es un número más. Jesucristo, como pastor, nos conoce por nuestro nombre, es decir, sabe quiénes somos, qué nos gusta y qué nos disgusta, nuestros anhelos y nuestros temores. Conoce nuestro corazón, nuestras intenciones, el deseo que tenemos de amarle. Y conoce también nuestra debilidad. Sabe que le prometemos fácilmente no ofenderle, pero caemos con la misma facilidad. Él nos conoce, y eso nos debe dar confianza y paz. «Sé en quién he creído y estoy cierto», firme, convencido.

2. **El pastor que cuida de cada oveja:** El buen pastor no se limita a conocer fríamente a sus ovejas. El pastor de corazón, va mucho más allá. Conoce para amar, para hacer crecer a la persona amada.

Jesucristo conoce el corazón del hombre, sus ansias de felicidad, su deseo insaciable de amar y ser amado, y se encarnó para responder a ese corazón, para llenarlo con lo único que puede colmar sus ansias y anhelos. Esa encarnación, realizada en un momento histórico (más o menos en los primeros 33 años del siglo I), sigue realizándose diariamente en cada Eucaristía. Cuando Jesucristo baja a la Sagrada Forma, baja a este mundo para satisfacer esa necesidad de Dios que tenemos, esas ansias insaciables que no se satisfacen con diversión, juerga, dinero o poder.

3. **¿Me dejo guiar por el pastor?** Y ahora viene la pregunta clave: ¿dejo al Buen Pastor que sea mi pastor? Los pastores de la tierra, cuando una oveja se descarría, mandan al perro para que la traiga. Si no hace caso, pueden cogerla en brazos y obligarla a volver al redil, quizás con unos cuantos golpes de escarmiento.

Jesús obra de otro modo. Cuando nos alejamos de Él, nos avisa, nos repite sus avisos, a lo mejor nos manda algún susto, alguna circunstancia difícil que nos haga recapacitar. Pero al final siempre respeta nuestra libertad. «Te he amado todo lo que he podido. Te he dado mil y una oportunidades para volver al redil. Te seguiré esperando con los brazos abiertos. Estoy dispuesto a recogerte y a llevarte en mis hombros. Pero eres libre, y siempre respetaré tu libertad».



Reflexión evangélica 12: El Adviento (1)

Evangelio

San Marcos 13, 33-37



“En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «Velad y estad preparados, porque no sabéis cuándo llegará el momento. Así como un hombre que se va de viaje, deja su casa y encomienda a cada quien lo que debe hacer y encarga al portero que esté velando, así también velad vosotros, pues no sabéis a qué hora va a regresar el dueño de la casa: si al anochecer, a la medianoche, al canto del gallo o a la madrugada. No vaya a suceder que llegue de repente y os halle durmiendo. Lo que os digo a vosotros, lo digo para todos: permaneced alerta»”.

Puntos a reflexionar:

1. **Jesús nos recuerda que vendrá:** Nuestra vida en la tierra se terminará y empezará una vida nueva que ya no tendrá fin. Aquel que nos dio la vida nos la pedirá para introducirnos en la plenitud de la vida, en la comunión con su Padre, en el Paraíso. ¿Estaremos preparados para encontrarnos con Él? ¿O, nos habremos olvidado de la única cosa necesaria, que es amar?
2. **¿Cómo estar preparados para Su venida?** Esperamos a Jesús si lo amamos y deseamos ardientemente encontrarnos con Él. Y se le espera amando concretamente, sirviéndolo en el que está cerca de nosotros o comprometiéndose en la construcción de una sociedad más justa. El mismo Jesús nos invita a vivir así en la parábola de los siervos que, en espera siempre del Señor, se ponen a trabajar para que los talentos recibidos fructifiquen. Porque no sabemos ni el día ni la hora de su llegada, podemos concentrarnos más fácilmente en el presente que la Providencia nos ofrece para vivir.

Reflexión evangélica 13: El Adviento (2)

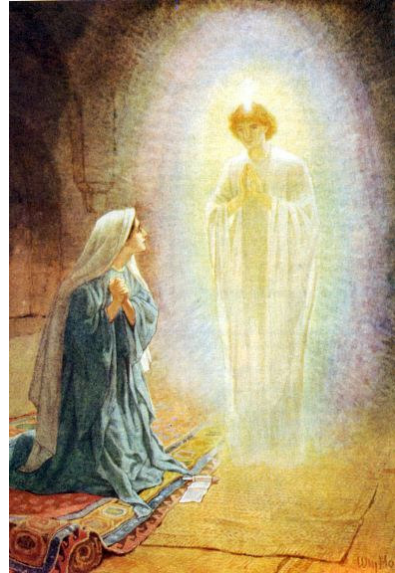
Evangelio

San Lucas 1, 39-45

“Por aquellos días, María se puso en camino y fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno. Entonces Isabel, llena del Espíritu Santo, exclamó a grandes voces: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? Porque en cuanto oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno. ¡Dichosa tú que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá»”.

Puntos a reflexionar:

1. **El Adviento de María:** En esta última semana de preparación para el gran Evento, contemplemos cómo se preparó la Santísima Virgen en aquel primer Adviento, que empezó para ella el 25 de marzo, cuando escuchó del arcángel Gabriel aquellas palabras: «Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros».



La primera actitud que vemos en ella es la de escucha y atención a la voz de Dios. El ángel no tuvo que gritarle, ni llegó a Nazaret y estuvo 2 horas llamando a la puerta, porque «estaba distraída o preocupada en otras cosas». El ángel entró en la presencia de María, susurró su mensaje divino, y encontró una pronta respuesta. María estaba atenta, recogida, en actitud de escucha de la voz de Dios.

2. **Salió con prontitud hacia la montaña:** Después del anuncio, María no se queda disfrutando a solas del privilegio que Dios le ha dado. En el mensaje del ángel ha escuchado que su prima Isabel, de avanzada edad, esperaba un hijo. Por ello, le brota del corazón ir a servir a su prima. Una mujer embarazada de seis meses, y más si es avanzada en edad, seguro que necesitará una ayuda.

Ese fue el Adviento de María: ponerse en camino hacia Ain Karim, el pueblo donde habitaba Isabel, y servirla en todas sus necesidades.

3. **Un Adviento hecho servicio:** Ahí tenemos un ejemplo del mejor Adviento que podemos vivir: salir de nuestro egoísmo, de nuestras pobres preocupaciones, para servir desinteresadamente a nuestros hermanos. Con mucha facilidad sentimos compasión de nosotros mismos, de lo mucho que sufrimos o lo cuesta arriba que se nos hace ser cristianos; pero pocas veces pensamos que los demás también sufren, y casi seguro sufren más que nosotros.

Y junto a ese salir de nosotros mismos para servir y amar a los demás, hemos de refrescar la alabanza y acción de gracias a Dios por tantos beneficios que nos regala. Cuentan que un pobre sabio recorría un camino lamentándose de su suerte y comiendo algunas frutas silvestres. De repente, vio que alguien, detrás de él arrebataba los restos de fruta que él tiraba al suelo, y comprendió que no tenía motivos para seguir lamentándose.

Reflexión evangélica 14: La Navidad (1)

Evangelio

San Lucas 2, 1-14

Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento. Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El ángel les dijo: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace».



Puntos a reflexionar:

1. **Ver qué sucede:** Miremos por el único ventanuco de esta cueva, fría y húmeda, en la que vino al mundo el Hijo de Dios. Hay que aguzar la vista, pues no hay mucha luz. Es más, como nos recuerda Isaías, en medio de la oscuridad una luz brilló. Todo lo que rodea la escena, todo este mundo, es oscuridad si no hubiera venido a Él la Luz de Luz, el Dios de Dios. ¿Qué vemos? Una jovencita que acaba de dar a luz, un joven, san José, que está preocupado por hacer de la cueva un lugar lo más acogedor posible. Y en el centro, un recién nacido, que llora como cualquier bebé porque tiene frío. No hay nada más en esta escena, y sin embargo es el hecho más grande que podía haber sucedido.

El Eterno ha entrado en nuestra historia temporal, el Poderoso se ha hecho impotente como un niño, el Creador ha nacido de una creatura, el Señor se ha sometido al capricho de un emperador, y ha venido a nacer a Belén, El que todo lo tiene nace sin nada. Ése es el gran misterio, ante el que debemos abrir los ojos, contemplar con mirada sencilla, y dejar que el corazón disfrute admirando amor tan grande.

2. **Escuchar el misterio:** Después de ver, de contemplar, acerquemos el oído a esa pobre cueva. ¿Qué escuchamos? Reina el silencio; es media noche. Sólo algún que otro ruido rompe el silencio, y tal vez el llanto del niño Jesús. Ha nacido como cualquier niño, totalmente indefenso, y una cueva no es el lugar más acogedor para nacer. Como cuna, tiene un pesebre; como pañales, los sencillos pañales que pudo conseguir la Virgen. Y como manta para cubrirse del frío... la tradición ha colocado junto al pesebre un buey y una mula. Viene Dios al mundo, y el único calor que encuentra es de dos animalitos.

María y José no hablan; callan y contemplan el misterio que les sobrepasa. ¿Qué mejor actitud ante el misterio que el silencio contemplativo? ¡Cuánto bien nos haría contemplar nuestra vida desde el silencio y la oración! ¡Cuántos sufrimientos innecesarios nos ahorraríamos contemplando nuestra vida desde Dios! Con frecuencia el ruido externo es una salida que buscamos para acallar nuestra conciencia, un modo de no escuchar la voz de Dios, que nos reclama mayor entrega y generosidad.

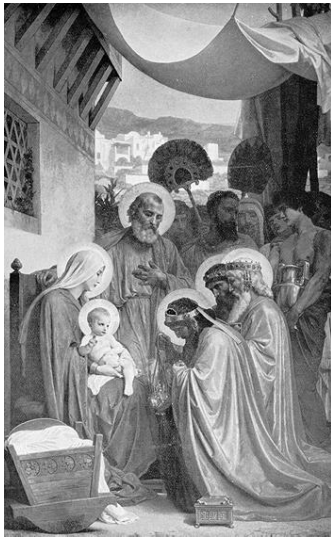
3. ***Amar al Recién Nacido:*** La tercera actitud, y la más importante, ante el Niño Dios es el amor. ¿Por qué ha querido venir Jesucristo a este mundo? ¿Qué necesidad tenía Él, Dios inmenso y glorioso, de venir a este mundo, de nacer como un niño, débil, indefenso, que depende totalmente del cuidado de sus padres? Sólo el amor explica este rebajamiento de Dios, un amor total, desinteresado, generoso hacia el hombre, hacia cada hombre, hacia mí.

«Amor con amor se paga». Por eso el mejor regalo que podemos poner a los pies del pesebre es nuestro amor a Él. Cuando Jesús nació en Belén sólo los pastores, y tres Magos – Sabios, le ofrecieron algún regalo. Y seguro que Jesús recibió con mucha alegría los regalos de los pastores. No eran grandes cosas, pues ellos también eran pobres: un queso, un poco de leche, quizás alguna oveja. Pero era todo lo que tenían., y se lo daban con todo su amor. Igual hemos de hacer nosotros: ofrecer al Niño Jesús nuestro corazón, pobre y pequeño, pero entregado con alegría y amor.

Reflexión evangélica 14: La Navidad (2)

Evangelio

San Lucas 2, 16-21



“En aquel tiempo, los pastores fueron de prisa y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que el ángel les había dicho de este niño. Y cuantos escuchaban lo que decían los pastores, se quedaban maravillados. María, por su parte, conservaba todos estos recuerdos y los meditaba en su corazón. Los pastores regresaron glorificando y alabando a Dios, porque todo cuanto habían visto y oído era tal como les habían dicho. A los ocho días, cuando lo circuncidaron, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel ya antes de la concepción”.

Puntos a reflexionar:

- 1. *María no entiende el misterio:*** Hace nueve meses la Virgen recibió un anuncio misterioso: sería Madre del Mesías, por acción directa del Espíritu Santo. Ahora tiene entre sus brazos a un pequeño niño, que ha nacido milagrosamente de sus entrañas. El misterio que le fue anunciado se va haciendo realidad, pero no deja de ser misterio.

La Virgen no entendió lo que estaba sucediendo: ha dado a luz a un niño, y a la vez no ha perdido la virginidad. Ha engendrado al autor de la vida. Tiene entre sus manos al Dios omnipotente, Creador de cielos y tierra, el Dios poderoso del Antiguo Testamento. Y sin embargo, parece un niño totalmente normal. Lloro, tiene frío, tiene hambre, necesita calor y cariño. Nada le distingue de otros bebés. Más aún: este niño ha nacido en extremas condiciones de pobreza, en una cueva, *«porque no había sitio para ellos en el mesón»*. ¿Realmente este niño es el Mesías? María no entiende; sólo contempla, admira, cree.
- 2. *María admira el misterio:*** Ante un hermoso paisaje, ante un hecho heroico, ante un detalle de amor desinteresado, las palabras se nos congelan en la garganta. Decimos, como mucho, un *«Oh»* de admiración. Lo mismo le sucedería a María mientras contemplaba el misterio de la Encarnación. Ante un acontecimiento tan grande, ante un amor tan total y desinteresado, su actitud es la admiración, la contemplación. Admiramos aquello que no entendemos, pero que nos impresiona por su grandeza.
- 3. *De la contemplación al amor:*** María contempla, admira, pero no se queda ahí. El nacimiento de Jesús no es un cuadro de un museo, o una hermosa puesta de sol; es mucho más, es la humillación de Dios por amor al hombre, la expresión de un corazón loco por la humanidad. Por ello, nuestra actitud no debe quedarse en una admiración pasiva, en una pura contemplación; debe penetrar y descubrir el inmenso amor del Dios Creador a su creatura.

Esa fue la actitud de María. Gracias a su espíritu de oración, gracias a su silencio contemplativo, penetró en lo que estaba viviendo, y descubrió el maravilloso amor de Dios. Y una vez descubierto no podía menos que entregarle todo su corazón.